LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

CONSULTA

de médico ex interno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el

606

De cuatro á seis de la tarde, 2,50 pesetas. Especiales, 5 pesetas.

Calle Santa Bárbara, 2

(esquina á Fuencarral, 72)



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDES DE VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, 7.—**Madrid.**

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN

Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA
á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.

Para poder abandonar el perjudicial
VICIO DE FUMAR
y conseguir la completa curación de las
afecciones de las vías respiratorias
tómense las
Pastillas del Dr. Laboschin
Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.
Dos pesetas caja en todas las buenas farmacias de España.

VILLA QUE SE ARRIENDA

En el paraje más bello del Sardinero, enfrente, sobre y junto al mar libre, en la carretera, é inmediata al ferrocarrilito, á 200 metros del Gran Casino, se cede una villa amueblada, con ropa para todos los servicios, diez camas, seis dormitorios, comedor, vajilla, servicio nuevo de mesa, etc., etcétera, etc ; y por la tercera parte de su precio á causa de tener que ausentarse los actuales arrendatarios. Darán razón en la Administración de EL LIBERAL.

AÑO I. Madrid, 23 de Septiembre de 1911. NÚM. 21



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda
JOAQUÍN DICENTA
Cortesía modelo.
A. JIMÉNEZ LORA
El dormitorio común.
CLEMENTE DE CASTRO
La cocota loca.
EL CONFESONARIO
Artículos de CARMEN SOBEJANO y LOMBARDINI
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
Amores céleb es.
GONZALO CANTÓ
Epigramas
ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ Y «CYRANO» LÓPEZ-MONTENEGRO
A proposito de un «mono».
CLAUDINA REGNIER
Renglones de una excéntrica.
ADELARDO FERNÁNDEZ-ARIAS
Recuerdos.
RAMÓN ASENSIO MÁS
Menudencias.
TOVAR, «CYRANO», ALMOGUERA, KARIKATO y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Guadalupe Molina, Carmen Sobejano, Josefina Marcos, Enrique García Álvarez y Carlos Lombardini. Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.



GUADALUPE MOLINA

Primera tiple de Price y una de las mujeres más hermosas de España.



ELLAS Y NOSOTROS

Una «dona» del honor hipotecado
—que también tiene hipotecas el honor—
me pregunta que «por qué no la he sacado».
Y—al ponerme colorado
de rubor
y decirle en catalán: «¡Oh! ¡Quina barra!»—
se ha servido su expresión esclarecer,
y es que quiere que la saque en LA HOJA'E PARRA.
Caballeros, ¿será *guarra* (RRA.
la mujer?...

✠

Tan extraña pretensión no la concibo,
puesto que ella no es artista ni es actriz;
y, si fuese yo á sacarla en donde escribo
solamente con motivo
del desliz
que ella tuvo—según dice la muy *guarra*—
con el padre putativo de un marqués,
como hay gente que á cualquier cosa se agarra
me dirían: «LA HOJA'E PARRA,
¿*pá* qué es?

✠

LA HOJA'E PARRA (como dice mucha gente
que las echa de castiza), digo yo
que no es más que una Revista muy decente
—mejorando lo presente—,
porque no
puede nadie sostenernos lo contrario,
si es persona de carácter imparcial,
aunque diga de este humilde semanar o
lo que quiera cierto diario
clerical.

✠

¿De qué sirve la opinión de *El Universo*,
ya que el público nos ve con interés
y lo que alguien califica de «perverso»,
tanto en prosa como en verso
y en *clichés*,
no son más que desahogos de los puntos
filipinos que aquí escriben y de los
dibujantes y fotógrafos adjuntos?...
¿Que son *verdes* los asuntos?
¡Anda Dios!

✠

¿Qué color tienen las hojas de la parra
desde el tiempo memorable de Noé?
¿No son verdes? Pues entonces, ¿por qué es *gua-*
la Revista que se agarra (*rra*
—como ve
todo Cristo—á hallar lo verde en los asuntos
que la vida nos ofrece sin cesar?..
¿O es que vamos á ponernos todos juntos
el Oficio de Difuntos
á rezar?...

✠

Ahora bien; no sé á qué viene una señora
del honor hipotecado á pretender
que la saque un servidor? ¡A cualquier hora!..
¡Ay, qué comprometedora
de mujer!...
¿Que la saque? ¡No, señora!... Si á lo menos
fuese usted una cocota de *postin*,
y nos quiere permitir que lo probemos,
bien está... Si no, diremos:
«¡A mí, plin!»

✠

¿Qué motivo ó fundamento alegaría
LA HOJA'E PARRA su público? A mi ver
—y quizás al del Juzgado—no lo habria.
Y, amén de eso, ¿qué diría
la mujer?...
La mujer, en cuyas manos la ponemos,
nos diría: «¡Qué Revista más *feroz!*»
Por lo cual, «nos alegramos verles güenos».
Mas lo de que la saquemos,
¡fuera atroz!...

Carlos Miranda.

CORTESIA MODELO

EN un coche de primera, y haciendo su camino desde Madrid á Barcelona, va un sujeto como de unos cuarenta años, alto, robusto, que por su acento es catalán, y, por el pañuelo de seda negro que rodea su cara demuestra que sufre un dolor de muelas horrible.

El viajero va solo, medio tumbado sobre los almohadones del coche, quejándose por lo bajo y moviéndose nerviosamente para buscar postura cómoda á su fastidiosa dolencia.

De cuando en cuando se lleva á la boca una botella de aguardiente, embucha un sorbo, lo deja caer del lado de las muelas enfermas, lo sostiene dentro de la boca breves segundos y luego lo escupe por la ventanilla, lanzando un suspiro de angustia.

Así recorre kilómetros y kilómetros sin tener más visita que la del revisor que viene á taladrarle el billete.

En la estación de Zaragoza se abre la portezuela del vagón para ceder paso á una señora como de treinta años, alta, esbelta, elegante, con el pelo rubio, los ojos azules, el seno alto, la cintura angosta y las caderas redondas y fuertes.

—Buenas noches—dice la señora al entrar.

—*Deu la guardi* — responde el catalán viajero.

La señora arregla sus bártulos, se acomoda en un extremo del vagón, rodea sus pies con una manta y se dispone á descansar, mientras su dolorido compañero de viaje se vuelve y revuelve como un desesperado haciendo buches con el aguardiente de la botella.

Así transcurren horas y viene la mañana, y la señora abre los ojos y el caballero la examina con los suyos que no ha podido cerrar en toda la noche y que están enrojecidos por el cansancio y por el dolor...

El tren comienza á atravesar los túneles que facilitan su paso desde la montaña á la costa, y, túnel tras túnel, van presentándose á la vista de los viajeros los paisajes espléndidos que en tales puntos ofrece la tierra catalana acariciada por las azules y poéticas aguas del mar levantino.

La señora, á la terminación de cada túnel, saca la cabeza por la ventanilla para gozarse en la contemplación de la hermosa Naturaleza, y el caballero saca la suya por la ventanilla del lado opuesto... para escupir.

No está para paisajes él; el solo espectáculo que le agradaría fuera el representado por el gabinete de operaciones de un dentista, y esos espectáculos no existen á la salida de los túneles ni sobre las olas del Mediterráneo.

Por fin llega el tren á la estación próxima á Barcelona; el viajero recoge su maleta, enrolla su manta, la sujeta con unas correas, y, antes de abandonar el tren, exclama, dirigiéndose á la señora y quitándose cortesmente el sombrero:

—Señora, *dispénsame usted* si en todo el camino y en los túneles *principalmente* no la he *abrasado* ni besado ni dado achuchones como es costumbre. Pero, vamos, con este dolor de muelas ¡¡no estoy para nada!!

Joaquín Dicenta.

NUESTRAS COCOTAS



JOSEFINA MARCOS

EL DORMITORIO COMÚN

La tertulia en casa de D. Ciriaco, el juez, estaba aquella noche animadísima. Se reunían allí unas cuantas casaditas jóvenes del pueblo, entre las que se destacaba, gentil, Felisa la jueza, una rubia espléndida, de ojos azules, de carácter desenvuelto y alegre, que contrastaba con el de su marido, hombre serio, recto y fiel cumplidor de la justicia.

Don Ciriaco, aun en los ratos de expansión que le permitía su cargo, continuaba estando en juez, moralista y severo como un lector de *El Siglo Futuro* ó de *El Correo Español*.

Felisa había tenido aquella noche una idea feliz.

Era en pleno verano, y en el pueblo andaluz, blanco y riente, se dejaba sentir una temperatura sofocante, elevadísima; las noches eran cálidas, sin la más ligera brisa, y en el jardín de casa del juez las veladas se pasaban alegremente en ameno «tijereteo» y hasta se bailaban rigodones. Pero se imponía el veraneo, el pasar unos días en Málaga, en Cádiz ó en el Puerto, y esa había sido la idea de la jueza aquella noche.

El ir todos en sociedad á pasar unos cuantos días en un puerto de mar á oxigenarse y á que las olas acariciasen aquellos cuerpos esbeltos de Carmen, Fuensanta, Mercedes y Felisa, que, sin duda, en plena calle de Larios ó á la salida de Apolo ó de la Estrella, airosas, compuestas y lujosísimas, sin su aire «pueblerino», provocarían murmullos y piropos. Y luego, al regresar al pueblo con sus faldas *entrevée* y sus sombreros á la última, *epatarían* á la *cursi* del registrador y á las niñas del cacique D. Jenaro.

Se convino la fecha; irían acompañadas de sus maridos, y á la excursión se agregaron las de Osuna, dos solteronas que no perdían fiesta, y Purita Ardales, una muchachita ingenua y sentimental que soñaba con casarse con un teniente de la benemérita.

✠

Al caer la tarde los excursionistas llegaron á Málaga, que á la sazón ardía en fiestas. Los festejos de Agosto estaban en todo su apogeo, y aquella misma tarde el *Machaco y Bomba* se las entendieron con reses de Miura. Los hoteles estaban atestados de forasteros de las demás provincias andaluzas y hasta de ingleses, que en vapor de recreo habían venido como turistas de Gibraltar.



—Es el último día que te saco, *Julita*. Haces más conquistas que yo.

Y los cuatro matrimonios y las solteritas recorrieron en vía crucis los hoteles y fondas malagueñas sin encontrar habitaciones ni camas, aun pagando triple. Por fin, cuando ya desanimados y rendidos se sentaron en la Alameda á tomar cerveza, un criado de un hotel lujoso les trajo la fausta nueva.

Tenían habitación y cama; el dueño de la fonda les había cedido el salón de fumar para que en él pasaran la noche hasta el día siguiente que habría cuartos.

Las damas vieron el salón, la aventura les hizo gracia, y al fin y al cabo, como eran todos casados, qué más daba... Unicamente á las solteras en el mismo salón se les improvisó un cuarto con «paravent».

Se lavaron, se vistieron y comieron. Ellas, fatigadísimas, se negaron á salir aquella noche, y ellos, encantados, se fueron tomar á café y á oir á Amalia Molina en Novedades.

DonCiriaco, el juez, en tono grave mientras tomaban café, se lo dijo á los demás.

—Señores como dormimos en comunidad, se prohiben las expansiones. Una noche se pasa de cualquier manera.

Y ya de madrugada, tarareando los tangos de la Molina, cansadísimos, los cuatro maridos se retiraron á su común cuarto, donde sus castas esposas reposaban tranquilamente.

Pero allí ocurrió algo imprevisto: la luz eléctrica no funcionaba, no había bujías, los camareros no acudían al llamamiento del timbre y no era cosa, por lo ridícula, de poner en movimiento todo el hotel. Recordaban las camas, se ayudaron de cerillas para desnudarse y ellas, que habían despertado, los llamaban.

Aquí, Alfredo.

La segunda, Restituto.

Ciriaco, junto al *paravent*.

Y un cuarto de hora después todos dormían, y ni el más leve ruido turbaba aquella paz matrimonial.

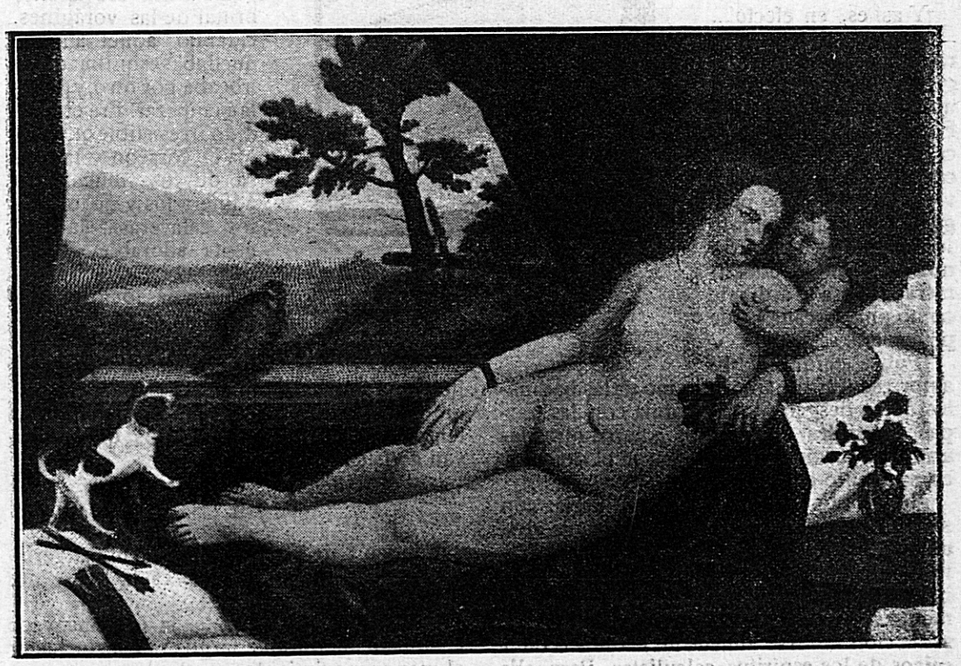
Entre parientes y paisanos una noche se pasa de cualquier manera; ya lo dijo muy formal el señor juez.

Por los balcones cerrados del salón de fumar se filtró la luz del nuevo día; se oían las sirenas de los buques que dejaban el puerto, y por la entarimada calle de Larios pasaban algunos carruajes sin apenas ruido. Sonaban estridentes las campanas de los eléctricos, y medio entre sueños Felisa vió que de su cama se deslizaba un hombre ocultándose rápidamente en el lecho inmediato, y que, poco después, detrás del *paravent* del impresionado cuarto de las solteras, surgía la figura respetable de su marido, del señor juez, un poco ridícula, en calzoncillos, que, sigilosamente, ocupó la vacante junto á ella.

Y aquella misma mañana, en el comedor, mientras almorzaban, se comentó alegremente la noche pasada en comunidad, y la pícara ocurrencia de no funcionar la luz eléctrica.

Unicamente Purita Ardales se ponía colorada mirando á D. Ciriaco, y Fuensanta, cansadísima, ni aun siquiera se había dado cuenta de que hasta el amanecer durmió sola en el lecho conyugal.

A. Jiménez Lora



LA VENUS DEL AMORCILLO.—TIZIANO

LA COCOTA LOCA

El amigo cuya carta me ha sugerido esta crónica, asegura que *todos* van á verla... (Al decir *todos*, claro es que se refiere á nuestros buenos amigos de hace tres ó cuatro años...)

Generalmente, se encuentran en la Puerta del Sol, junto á la farola de donde salen los tranvías que van á los Carabancheles.

—¿A dónde vas?

—A Leganés.

—¿A ver á Nieves?

—Sí.

—¡Yo también!... Chico, ¡qué desgracia!... Parece imposible. Te juro que cuando lo supe sentí un dolor, un frío, como si me punzasen el corazón con un alfiler gordo...

* * *

¡Y así es, en efecto!... Nieve S., aquella adorable pecadora que la gente alegre de Madrid nocturno que cena en Fornos á última hora conocía por el pintoresco remoquete de *la Claveles*, está loca y purgando en el manicomio los báquicos desenfrenos de su juventud; efímera, viciosa y ardiente como una bocanada de primavera.



EL CASTO JOSÉ

¡Pobre chiquilla! El amor, ese terrible amor asesino de las bacanales, le ha desgarrado la médula con las zarpas invisibles del delirio, como á otras las arranca á túrdigas las entrañas en el dramático momento del parto.

Nieves fué una mujer extraordinaria: con su tipo original y picante y su ingénita discreción, desarrollada y corregida por un trato continuo con hombres decidores y de buen tono, hubiera podido vivir fastuosamente si á estos dos poderosos medios de seducción hubiese aunado los hábitos económicos de los espíritus calculistas. Pero ella no fué así: para Nieves el amor era una profesión y una devoción, y se entregaba á la orgía en cuerpo y alma. Habitualmente se acostaba al despuntar la aurora, dormía mal, comía poco, bebía mucho, y así siempre, sin dar tregua higiénica ni honesto reposo á su pobre cuerpo fustigado por el deleite.

Nieves nunca quiso abrir en la inacabable novela de sus desenfrenos un paréntesis de descanso, y ejercía su alegre profesión de *vengadora* con el ahinco infatigable con que los especuladores luchan por el dinero, ó los artistas combaten por la gloria.

Nieves padecía *fiebre del oro:* si la suerte la deparaba un individuo explotable, Nieves parecía sobrepujarse á sí misma: era la suya una rapacidad insaciable; lo quería todo, lo necesario y lo supérfluo, y su boquita de piñón pedía, pedía... con ese apetito brutal de las vorágines. Cuando aquel amante quedaba esquilmado lo trocaba por otro, y ¡vuelta á empezar! Era el bandido irresistible que exigía el corazón y la bolsa de los muchachos adinerados y de los viejos calaveras... la langosta adorable de los bolsillos...

Lenguas ociosas aseguraban que lo que ganaba con *unos*, lo gastaba con *otros*, con aquellos que por cualquier circunstancia lograban captarse las simpatías de su voltario temperamento..., y éstos son los que ahora van á visitarla en su prisión.

* * *

La locura de Nieves es semejante al vértigo fabuloso del rey Midas: es la fiebre del oro...

Sentada en un taburete, la enferma yace ensimismada durante largos ratos, sin hacer el menor movimiento, con las manos cruzadas sobre el regazo y los ojos fijos en el suelo, cual si estuviese deletreando mentalmente algún renglón misterioso que sólo ella puede ver. Las demás locas van y vienen sin mirarla, preocupada cual con su obsesión.

Estas escenas lamentables se desarrollan generalmente al atardecer, en el patio. Nieves, de pronto, se levanta, da algunos pasos y va á hincarse de rodillas en el suelo. Entonces comienza la parte más dramática de su delirio.

—¿A ver?... Sí, ya reconozco el sitio; aquí es donde enterré mis monedas, mis peluconas, brillantes y expresivas como ojos de león... Sí, aquí es, reconozco el sitio...

Esto lo dice en tono muy bajo, apenas perceptible; luego su voz crece conforme el delirio aumenta, y entretanto va inclinando el busto hacia adelante hasta pegar el oído á tierra, como esforzándose en percibir un ruido que viniese desde muy lejos.

—Mis monedas empiezan á germinar y pronto saldrán á la superficie... y entonces tendré oro, montones de oro... Ya vienen... Es un ruido sordo semejante al de un líquido en ebullición. Pero, ¿qué es esto?... Parece que el ruido disminuye... ¡ah!... es que crecen hacia abajo; mis monedas son semillas de oro que no echan tallos; sólo tienen raíces, y cuando más crecen, más hondas están y más distante de mí.

En su delirio se arroja al suelo desesperada, retorciéndose los brazos de dolor, mordiendo aquella tierra que la hurta su puñado de monedas imaginarias.

—¡Yo necesito que nazcan mis queridas espigas de oro!—grita—¡lo necesito... Yo las regaré para que broten, las regaré con mi sangre... ¡Tómala, tierra, tómala... y devuélveme mis espigas!...

Se desgarra el corpiño, se hinca las uñas en el seno, se muerde las manos, y se mataría si las religiosas que siempre andan por allí al cuidado de las enfermas, no acudiesen á sugetarla. Entonces la infeliz pecadora vuelve á sentarse en su sillón, en donde queda inmóvil, sumida en un marasmo estúpido...

* * *

Raro es el día en que Nieves no recibe la visita de algún antiguo amigo; un amante cuya figura no evoca ya ningún recuerdo en su descompuesto cerebro de loca. Un mismo interés les reune en la Puerta del Sol, junto á la parada de tranvías.

—¡Chico, qué casulidad!

—¿Vas á Leganés?

—Sí, á ver á Nieves.

—Yo, también.

Contados son los que, si van una vez, no vuelven; y hay algo tierno y conmovedor en esa especie de procesión de calaveras silenciosos que acuden á visitar á la infeliz desertora de sus bacanales...

Clemente de Gastro.

UN PRACTICO



—¡Caramba, en estos casos se impone el revólver.



El confesonario

CARMEN SOBEJANO

ELLA.—¿Mi confesión? ¡Ay, padre! No vengo preparada.

EL PADRE.—No importa; acércate á la celosía y yo te prepararé.

Llevábamos un rato de preparación, haciendo juntos examen de conciencia, y ya empezaba yo á sentir dolor de corazón, cuando dijo mi buen padre: «¡Oh, la celosía come mi morde!» Yo me asusté y me separé de la celosía.



CARMEN SOBEJANO

Después insistió en unos pecadillos que yo no quise confesarle, y no se enfadó, comprendiendo que en el pecado llevaba la penitencia.

Entonces me dijo que le contase algo de mi vida, que le interesaba todo lo que á mí se refería, y le conté una aventura, que no tiene otro pecado que el haber tomado á broma los amores que un hombre tomaba en serio.

Trabajaba yo en una capital andaluza y se enamoró de mí un gitano; hombre *maúro, afeitao* y con un lunar en salva sea la parte, señalando al lado izquierdo de la barbilla. Era el tipo clásico «cañí», uno de esos caballeros que peinan caballerías.

No había día que no recibiese dos ó tres cartas pidiéndome entrevista para pintarme su amor; pero yo, temiendo que al desengañarle me pintase un «jabeque en la barriga», jamás quise avistarme con él.

El día de mi beneficio me escribe y me dice: «Estoy en la grada; para que osté me conosca yebaré un pañuelo en la mano.»

Se lo conté á mis compañeras, y yo no sé cómo el público nos aguantó aquella noche, porque no había uno que saliese á escena que no soltase la carcajada al ver aquel hombre con el brazo estirado ostentando su señuelo amoroso como el banderín de un guarda.

Cuando al acabar la representación estábamos haciendo comentarios, se presentó el gitano de improviso en mi cuarto. El susto fué enorme. Todos creímos, al verle, que venía sediento de venganza. Sin embargo, entró á regalarme unos pendientes.

No he vuelto á saber de él. ¡Pobre hombre! Quién sabe si este regalo le costaría unos años de cárcel. Ese fué mi pecadillo, padre. Hoy de nada tengo que acusarme, pues cuando salgo á trabajar, aunque dirijo la vista al público, *casi miro* á la escena solamente, y así no peco.

¿Qué, me absuelve usted, padre? ¡Oh, qué alegría! Sin penitencia. ¡Dios mío, si la llevaré en el pecado!

Carmen Sobejano.

CARLOS LOMBARDINI

DIFICILILLO encuentro confesar mis aventuras amorosas, porque yo creo que los hombres más sinceros sólo dicen la mitad de la mitad y se reservan las confidencias más interesantes.

¿Que si he tenido amores? A cientos, porque soy joven y en mis venas circula sangre latina muy ardorosa.

Mi sensual temperamento me ha llevado á enamorar cuantas mujeres se han puesto á mi vera.

Encuentro muy natural que los hombres se pirren por las señoras y cometan toda clase de desatinos, porque hay que ver el mujerío que anda por esos mundos de Dios; pero me parece una vergüenza esos vejestorios repugnantes que van á los cines á entusiasmarse con las gracias más ó menos auténticas de las coupletistas y bailarinas.

Mientras tenga la cara sin arrugas y conserve mis energías, pienso divertirme lo que pueda.

Además, por razón de mi oficio, son muchas las ocasiones que se me ofrecen de tratar á mujeres livianas y artistas fáciles.



CARLOS LOMBARDINI

El traje de luces fascina, esto es sabido de todos, á una buena parte del sexo débil, que no sabe resistirse al brillo de unas lentejuelas.

Otras mujeres se enamoran ó encaprichan de los toreros porque en ellos ven la gallardía y el arresto que los demás hombres no tienen ocasión de mostrar.

En las demás entra por mucho la vanidad. Hay señora, de la cáscara amarga, que se considera desprestigiada si en su lista amorosa no figuran unas cuantas estrellas de la tauromaquia, y que á falta de primeras figuras, se conforman con los más desventurados maletillas. El caso es lucir en su galería fotográfica el retrato de algún *gachó* que peine coleta. Y, claro está, en estas circunstancias estaría más loco que un chivo si no me aprovechase.

Eso sí, siempre he sido muy formalito y hasta ha habido ocasión en que he rechazado á una mujer, porque al ofrecerme su cariño no lo hacía sino por vicio, y yo sé el terreno que piso y sé respetar el honor de las mujeres.

Adoro con locura á las españolas de ojos de fuego y espléndida cabellera. Y, á propósito, allá, muy lejos, en mi país, anduve medio loco por una muchacha de Saltillo, que tenía una cara preciosa y unas curvas de esas que quitan la cabeza. Tanto hice y tan pesado estuve, que por fin la niña se compadeció de mí y me concedió una entrevista.

—¡Virgen de Guadalupe, qué chasco!

Aquella morenaza era completamente calva. Créanme ustedes: sólo tenía pelo en las pestañas. Salí corriendo, porque abrazar á una mujer así era como echarle los brazos á un senador vitalicio de esos que tienen la cabeza como las bolas de billar. Aquí, en Madrid, donde tantos amigos tengo, he corrido más que un cartero, y ¡qué demonio!, cuando he visto á una gachí, me he acordado de que era torero y me he arrimado á ella para darle unos cuantos pases de pecho y cuatro ó cinco pinchazos hasta hacerla doblar.

Pero no se asusten ustedes; estas son cosas de los pocos años y acabarán pronto, porque hay en mi hermoso país una muchacha muy buena y muy linda que será la que me lleve al buen camino y me aparte de las trapisondas y aventuras.

Carlos Lombardini.

AMORES CÉLEBRES

FLORINDA, ó la Cava-baja, no era una mujer cualquiera de las muchas que hay por el mundo, no. Era una doncella.

Y doncella de buena casa. Nada menos que de la casa de D. Rodrigo, el último rey godo. Pero estaba en Palacio, no al servicio del monarca, sino al de su apreciable consorte, la reina Cangilona, á la cual peinaba, vestía ó rascaba, según caían las pesas.

Por cierto que al padre de Florinda, al poderoso señor conde D. Julián, gobernador civil de la Mauritania tingitana y de otros territorios, no le gustaba mucho que su hija estuviese obligada á poner á la reina las zapatillas ó á cortarle las uñas. Pero como no estaba destinada la Cava á ningún Cabo, sino que tenía aficiones á la vida palatina, seguía de doncella muy á gusto, siendo el encanto de cuantos la conocían, pues su hermosura era verdaderamente despampanante.

Respecto á los amores del rey con la Cava, dice el Padre de la Mariana, famoso historiador, que hallándose retozando cierto día la doncella en un patio de Palacio con otras de no despreciable físico, descubrió el rey desde una de sus ventanas, y con ayuda de unos gemelos de teatro, cierta parte del cuerpo de Florinda que, realmente, tenía mucho que ver.

No especifica el Padre Mariana si la parte del cuerpo que tanto llamó la atención en la doncella fueron los tobillos, ó las narices ó la rabadilla.

Lo que sí se sabe es que al ver... lo que fuese, á D. Rodrigo se le cayó la real baba y se estuvo relamiendo de gusto durante un semestre.

—¿Qué fué lo que vió S. M. —(Rompe cabezas).

Ello es que aquel día no comió tranquilo y que después estuvo muy inquieto en el regio catre durante toda la noche, sin poder conciliar el sueño. Tenía los nervios de punta y el corazón así como revuelto con tomate.

Desde aquel momento, hasta en la sopa de su imaginación veía el rey á la doncella.

Fué un amor fulminante el que le atacó y andaba tan embobado con su constante idea, que á los más importantes asuntos del Estado mezclaba el nombre de la Cava.

Recuerdo que al redactar una ley obligando á registrar las propiedades agrícolas, dictó lo siguiente: «Todo español que posea una tierra, se quedará sin ella si no la cava», en lugar de decir «si no la registra».

Esto no pasaba desapercibido para la reina Cangilona; pero la infeliz tragaba saliva real, sobre todo en ayunas, y arrastraba la vida como podía, rabiando de celos aparte.

Llegó un momento en que D. Rodrigo dijo para su coraza: «Ea, basta ya de amores platónicos.» Y puso sitio á Florinda, preparándose para su conquista. El rey la consideraba de fácil realización, porque Florinda era coquetuela y revoltosilla. Pero, ¡ya!, ¡ya! Comenzó la joven por hacer remilgos y repulgos y acabó por... Aquí los historiadores manifiestan opiniones contradictorias. Unos dicen que la deslumbró la grandeza real y no hizo ascos á la pretensión del capricho soberano, entablándose entre ambos unas soberanas relaciones, de las cuales no se enteraron ni las moscas.

Pero la mayoría de ellas (no de las moscas, sino de las opiniones) están en contra de la expuesta. Créese que el rey, provisto de un candil, buscó propicia ocasión para su intento; que no logró vencer á la doncella ni con palabritas dulces, ni con amenazas amargas, y que, harto de dilaciones y pamplinas, llegó á usar de la fuerza bruta para satisfacer su torpe deseo.

¡Nunca hubiera hecho semejante barbaridad!

Florinda, que no concebía (y hacía muy bien) que por la fuerza quisiera nadie llegar á ciertos extremos, dijo, toda furiosa, medio ronca y con la cabellera suelta: «¡Ah, Rodrigo! ¡Ya te lo dirán de misas!» Y llegándose á la central de teléfonos de la Compañía visigoda, expidió á su señor padre el telefonema siguiente:

«Conde Julián: Monarca enamorado quiso estropearme combinación, abusando reales fuerzas. Urge venganza terrible. Expresiones familia. Remíteme fondos.—FLORINDA.»

A tal despacho contestó D. Julián con este otro:

«Querida hija: Planeo venganza. Pienso reventar Rodrigo. Aguántate, pero vente gran velocidad. Tráete butifarra y sellos. — JULIÁN.»

En efecto, la Cava fué á reunirse con su papá, y éste, en venganza de la fechoría regia, haciendo traición á su religión y á su patria, dirigió atentas invitaciones á los árabes para que tuvieran la bondad de pasar á España, sin más objeto que el de conquistarla.

Reunió el rey godo 1.000.000.000.000 de hombres para defender su territorio, arengándoles antes de comenzar las luchas y diciéndoles que, sobre todo, se guardasen muy bien de conquistar doncellas por la fuerza, á no ser que fuesen huérfanas de padre y madre.

Poco después (año 711) y cerca del río Guadalete, encontraron al ejército árabe, ¡y menuda fué la paliza que los moritos propinaron al amante de Florinda!

Don Rodrigo murió ahogado: según unos historiadores, en el Guadalete; según otros, en sus penas, allá en Portugal.

Respecto á la Cava, sabemos que murió; pero no recordamos de qué, ni cuándo, ni dónde.

¡Dios haya perdonado al rey enamoradizo y á la ilustre ex doncella de la última reina goda (q. e. p. d.)!

Juan Pérez Zúñiga.

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

EPIGRAMAS

Dijo la hermosa Enriqueta
contestando á mis preguntas:
—Mi marido tiene puntas...
y ribetes de poeta.

✠

De caza fué Julio Ruiz
y una perdiz mató en Cieza;
y encontrándose á una actriz,
él la enseñó la perdiz,
y ella dijo: —¡Buena pieza!

✠

El demonio es don Antonio,
según su esposa Vicenta;
y dicen que este demonio
es el que menos la tienta.

✠

Yendo Julia de paseo
por esas calles de Dios,
la echó un piropo Mateo;
yo la hubiera echado dos.

Gonzalo Cantó.

Á PROPÓSITO DE UN "MONO„

PARA LÓPEZ-MONTENEGRO

Queridísimo Ramón:
¿Qué me has hecho, so guasón?
¿Pero es esa mi figura?
¡Si esa es la caricatura
de un curda ó de un setentón!
Aparezco en el grabado
como un pobre derrengado,
sin fuerzas ni lazarillo.
¡Chiquillo, me has jorobado!
¡Me has jorobado, chiquillo!
Si es la cara, ¡Santa Clara,
no he visto cara más rara
ni con más imperfecciones!
¡Cuando tengo yo una cara
que parte los corazones!
¿Y las narices? Me apena
que, siendo unas infelices,
las hagas esa faena.
Yo tengo muchas narices,
pero no esa berenjena!
Yo sé que LA HOJA DE PARRA
tiene infinitas lectoras,
y el *mono* me descacharra;
pues ¿qué dirán las lectoras
al ver esa... butifarra?
Cuando no hay nadie que no
diga al verme: «¡Qué gachó!
¡Si parece un bibelote!...»
Nada; más guapo que yo,
no admito más que á Chicote.
Conque, querido *Cyrano,*
ó haces otro original
que resulte más galano,
ó cantas aquí de plano
que ese *mono* está muy mal.
Y, si pintas otra vez
un perico de Aranjuez
como éste, nadie te salva.

Enrique García Alvarez.

UN TIO CON GRACIA



Enrique García Alvarez

Personaje mitológico, hijo de Venus y de Morfeo. Se perece por el mujerío y se queda dormido como un tronco en la punta de una lanza. Cuenta la gracia por arrobas y los éxitos por estrenos; pero un día se va á dormir en los laureles y, luego, no va á haber manera de despertarlo.

PARA GARCÍA ÁLVAREZ

Enrique: No te perdono
que vengas dándote tono
de mozo guapo y juncal.
Ese *mono* estará mal;
pero es como tú ese *mono;*
y yo no comprendo, Enrique,
que tanto te mortifique
un dibujo inofensivo.
Aunque tu ingenio lo explique,
...vamos, no veo el motivo.
Ni es de un viejo ese RETRATO,
ni yo de curda te trato.
Te he puesto por el arroyo
buscando un *punto*... de apoyo
para dormitar un rato.
¿Tú, bibelote? ¡Qué risa!
Conque ¿no te sientes feo?
Pues, cuando lo estés, avisa.
¿A que eres la *Mona Lisa*
que se fugó del Museo?
Las narices no las toco;
pues, aunque te vuelvas loco,
un Apolo no he de ver.
¿Apolo, tú? ¡Qué has de ser!
¡Ni la Latina tampoco!
Y llámales «berenjena»,
y «butifarra», y «perico»...
Yo lo siento, si te apena;
pero tus narices, chico,
son de á tres perras docena.
Conque, en la caricatura,
ni me toques la figura
ni me toques las narices;
si te sientes hermosura,
¡vete á las Adoratrices!
Y, con esto, terminó
de contestar á un gachó
que á la razón no se aviene,

«Cyrano» López-Montenegro.

RENGLONES DE UNA EXCENTRICA



La señorita Arria Ly es una especie de Claudina Regnier francesa en lo tocante á decir verdades frescamente.

Esta linda escritora, feminista por más señas, tuvo un día la genialidad de afirmar que el contacto de la mujer con el hombre es una porquería. Ahora, que se calló que hay porquerías muy agradables; y eso que yo no hablo por experiencia, sino por suposiciones.

De mí puedo deciros que, como la realidad responda á la fantasía, me prometo muy buenos ratos el dia que me case... ó antes, si la boda se retrasa más de lo debido.

A esta Arria Ly, que de medio cuerpo para arriba se la confundiría con cualquier muchachito de los que hacen causa común con el «Teresita» y se entusiasman con las exhuberancias de Machaquito, le salió al paso un periodista de allende el Pirineo, contestándole en una forma más cerca de la desvergüenza que de la galantería debida á una firma femenina, por muy dudoso que sea su sexo.

Arria Ly, ni corta ni perezosa, envióle dos madrinas al deslenguado para llevarle al campo del honor, puesto que en el terreno amoroso eran incompatibles, y esta pequeña nimiedad ha hecho célebre á la furiosa feminista.

✠

Esto que ha hecho Arria Ly en Francia, lo hizo Angeles Vicente en Madrid aún no hace tres meses.

«Tartarín», desde *España Nueva*, se desató contra ella, llamándola detestable, y Angeles Vicente le replicó en un artículo que le hizo el mismo efecto que si hubiera visto al cardenal Rampolla metido á transformista tipico y enseñándolo todo en el Trianon Palace.

«Tartarín» quiso malograr á Angeles Vicente contestándola, y ella entonces comisionó á la bella y decidida novelista Cecilia Camps para que, con otra madrina, fuese á desafiar en su nombre á «Tartarín», terror de las escritoras guapas, pues á mí también me dió «lo mío».



El caballero.—Anda, tonta, conmigo no te pasará nada.

La tobillera.—¡Pues vaya un porvenir que me ofrece!

Como la otra madrina se espantó á última hora, el lance no llegó á efectuarse y no pasó nada.

No es justo que los caballeros, escudándose en la pretendida debilidad del bello sexo, insulten á mansalva.

✠

Ya veis, pues, cómo Arria Ly no es la primera mujer que ha querido batirse con un hombre.

En España hay una dama, arrogante desde los pies á la cabeza, que trató de vapulearse con el compañero que la ofendió, olvidándose de que ante una mujer guapa no hay más remedio que baarse.

Por eso yo, al leer en la Prensa francesa el «affaire» motivo de mis elucubraciones, no he podido resistir á la tentación de hacer justicia en su originalidad á la antecesora de Arris Ly.

¡Hurra por las mujeres valientes!

Claudina Regnier.

RECUERDOS

SENTADOS frente á frente, junto á la chimenea que palpitaba con llamaradas tenues, marido y mujer permanecían silenciosos, reflexionando quizá acerca de la misma idea, acariciando un mismo recuerdo. La noche era fría; los cristales del balcón se habían cubierto de un sutil vapor acuoso, y á través de ellos se veían los mecheros de gas de la calle temblando como chispas oscilantes; una lluvia menuda porraceaba los cristales, produciendo una musiquilla vidriosa que acompañaba los sordos quejidos de los leños que chisporroteaban dentro del hogar, bajo la ceniza...

Laura y Julio habían dejado de leer y se contemplaban en silencio: hacía muchos minutos que no se hablaban; de la lectura habían pasado á la meditación; la chimenea proyectaba sobre sus rostros siniestros resplandores rojizos.

—¡Qué noche tan fría!—dijo al fin Laura con una voz tenue como un quejido; —¡ay, de los infelices que no tengan hogar!...

Las palabras quedaron flotando en el perezoso silencio de la estancia; la lluvia seguía lavando por fuera los cristales, y los leños chisporroteaban repitiendo su eterna sinfonía. Un hermoso gato de Angora se acercó á Laura, frotándose mimoso contra su falda.

—¡Qué felices éramos!—murmuró entre dientes Julio—; ¿te acuerdas?

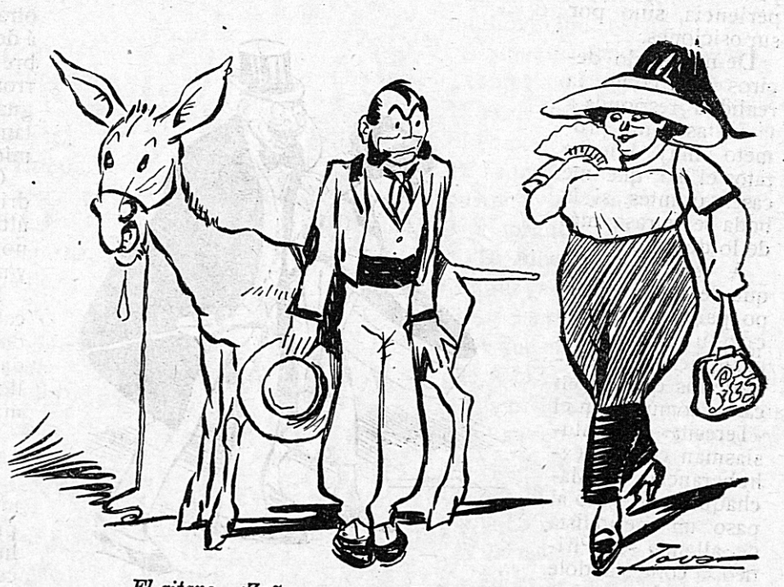
Laura respondió con un imperceptible movimiento afirmativo de cabeza.

—¡Nuestro viaje de boda! ¡Aquel vagón cama!...—murmuró Julio con voluptuosa delectación.

—¿Quieres que evoquemos la imagen de aquellos días?—dijo ella.

—¿Y por qué no?... Será una historia, una novela que ha de interesarnos más que otra cualquiera, por ser una especie de libro en que ambos hemos vivido. Hizo una pausa, mordió la punta de un cigarro puro y encendiólo en un tizón, arrellanóse en la butaca y cruzó las piernas:

—El tren se deslizaba por entre montañas —dijo con voz sorda—; las lejanías grises del paisaje acortaban la duración del crepúsculo en el interior de aquel vagón que la fortuna convirtió para nosotros en camarín nupcial. Tú estabas pálida, temblorosa, sin atreverte á mirarme á través de tu blanco velo de desposada; mis manos oprimían las tuyas, nuestros labios se buscaron, y el estrépito del tren al cruzar un puente apagó el dulce rumor de muchos besos...



El gitano.—¡Zeñora, pase osté de prisa y sin mirar!

Viajamos mucho, fuímos felices y después... el Destino, envidioso de nuestra felicidad, inventó disgustos que más tarde tomaron forma de celos. Esos celos fatales, estúpidos, son los que ahora nos separan...

Y Julio, que se había levantado bruscamente, empezó á pasearse por el gabinete á largas zancadas; luego fué á sentarse en un brazo del sillón que ocupaba su esposa.

—Dí...¿Me quieres?

—Sí, mucho... ¿Acaso no lo sabes?

El diálogo continuó y los recuerdos fueron consolando lentamente aquellos dos corazones que sentían la nostalgia del amor; un amor pasado que les había hecho muy felices...

Después se levantaron y salieron de la habitación caminando lentamente, besándose...

La lluvia continuaba lavando los cristales de la ventana; los leños que ardían en la chimenea proyectaban sobre las dos butacas vacías siniestros resplandores rojizos.

El gato de Angora se acurrucó junto á la novela y el periódico, que habían caído sobre la alfombra, al pie de una butaca...

.....

Adelardo Fernández-Arias.

MENUDENCIAS

Siempre que el novio vuelve
de ver á Juana,
lleva sucia de polvos
la americana.

✣

Todos tus novios, traidores,
te engañan... del peor modo
y abandonan tus amores
cuando lo han logrado todo.
¡Y mira, qué disparate!
Yo pienso con honda pena
que eres tonta de remate...
ó, ¡Dios te perdone, Elena!

✣

El marido de Inés, que fué un tronera,
falleció de repente el otro día,
y á Inés, con voz cortada y lastimera,
no faltaba anteayer quien descubriera
virtudes que el difunto... no tenía.
Y anoche Inés decía:
—Todos le elogian, y hasta yo le alabo...
¡á burro muerto, la cebada al rabo!



—Dicen que la bella Platanito estuvo adorable...

—Calla, chico. Cada vez que me acuerdo de sus ondulaciones, me pongo...

El camarero.—Señorito, el hielo.

¿Que no alcanzas la gloria? ¡Bueno fuera!
Ten fe y arrima la escalera al muro,
que, cuando estés arriba, yo te juro
que das dos puntapiés á la escalera.

✣

Yo soy frágil, María;
¡pero eres tú más frágil todavía!

.....

Ramón Asensio Más.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid